

EL VOLCÁN

Lola Suárez

Cuentos a la Luz de Mafasca

ANAYA



*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Lola Suárez, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, febrero 2023

Ilustraciones: Javier Lacasta Llácer

ISBN: 978-84-143-3488-1
Depósito legal: M-29384-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL VOLCÁN

Lola Suárez

Cuentos
a la Luz
de Mafasca

ANAYA



DESGRANANDO
PIÑAS DE MILLO
E HISTORIAS

La zafra reunió un año más a los aparceros en los campos de Fuerteventura. Cada verano, por las mismas fechas, hombres y mujeres se citaban para recoger el millo.

Las cañas, tan altas como un hombre, lucían orgullosas las piñas. Parecían joyas verdes, guardando celosas los prietos granos amarillos y naranjas en su interior. El clima benigno de la isla majorera había arropado los cultivos y esperaban obtener una buena cosecha.

Las piñas, llevadas en camiones, se depositaban en las eras, donde se iban secando y perdiendo la humedad; pasados unos días, de nuevo las cargaban para llevarlas al almacén; allí un grupo de mujeres y hombres se encargaban de descamisar y desgranar las piñas, dejando el grano suelto y limpio, listo para la posterior molienda.

Este año, como era costumbre, los agricultores se ayudaban unos a otros en estas actividades que les

permitían reducir gastos, además de reforzar lazos familiares y de amistad.

La familia cuya cosecha se iba a desgranar era la encargada de preparar comida y bebida para los que vendrían a sumarse a la faena.

Solían formar el grupo los amigos y vecinos más cercanos, que raramente llegaban con las manos vacías, de tal manera que acababan llenando de comida, termos con bebidas calientes y algunas botellas de vino la mesa improvisada con algunos tabloncillos colocados sobre dos burras.

10

Por lo general, dedicaban la tarde y la noche, según la envergadura de la cosecha, a desgranar el millo mientras contaban historias para entretener la faena.

Los más jóvenes disfrutaban muchísimo estas jornadas, y más de una relación que acabó en compromiso empezó entre las camisas de millo.

Una alegre comitiva entró en el almacén de don Paco Berriel, y pronto estuvo dispuesta la mesa con la comida. En esta ocasión, el tablero era una antigua puerta de riga que esperaba volver a su uso normal; allí colocaron todo tipo de viandas, primando las dulces.

Dejaron los portalones abiertos para aprovechar la claridad de la tarde de junio que atravesaba el almacén de parte a parte, sumando su luz amarilla a la que se colaba por una ventana abierta en la pared opuesta.

Colocaron algunas sillas bajas y un par de taburetes y circundaron un gran paño de estameña en el que irían depositando el millo desgranado.

Entre los asientos dispuestos alrededor de la tela había cestones llenos de piñas esperando para ser descamisadas y desgranadas. Muchas enseñaban sus granos entre las capas de hojas verdes, que se solían separar para facilitar su secado y evitar así que la humedad las estropeará.

Después de los saludos, las primeras risas y las conversaciones que empezaban todos hablando con todos, se procedió a tomar el primer café acompañado de algún roscó, y ya preparados, fueron tomando asiento, listos para la larga faena que tenían por delante.

Los últimos rayos de sol chocaron con el marco de la ventana provocando una lluvia de pequeños haces, como culebrillas, que iluminaban las paredes y el suelo del almacén. Una de las muchachas se quedó extasiada contemplando el juego de la luz y comentó que ese brillo, que esa intensidad, era la que ella creía que tendría la Luz de Mafasca; que así se la había imaginado siempre.

Que no era así para nada, le contestó Cho Juan, el más viejo de los presentes; que por lo que él sabía, era algo totalmente distinto, si acaso se parecía en la luminosidad, pero en nada más. Que si él la había visto, le preguntaron. No, les dijo; ni ganas de verla tenía, añadió, que ya estaba mayor para tales encuentros.

Esa noche había varios chiquillos enredando cerca de la caja de los rosquetes; una niña se aproximó al grupo de los adultos y con algo de timidez preguntó qué era la Luz de Mafasca.

Cho Juan sonrió ampliamente, se sentó en una silla y, tomando a la niña de la mano, le preguntó que si ella era valiente. La niña, con esa seriedad infantil que se pierde con el paso de los años, asintió vigorosamente: claro que era muy muy valiente.

Cho Juan dio unas palmas en el aire a la vez que llamaba al resto de los niños.

12

Dijo que era el momento de que conocieran la historia de aquella luz que llevaba tantos años llenando de zozobra a los majoreros. Los chiquillos lo rodearon, algunos con los rosquetes a medio comer, los dedos y las bocas con granos de azúcar y olor a canela. Los adultos también se acomodaron, dispuestos a escuchar el primer relato de la jornada de trabajo.

—Hay muchas historias que quieren explicar el origen de la Luz; todas acaban igual, pero los personajes varían. Yo les voy a contar la que me contó mi padre.

Cuando yo tenía la misma edad que ustedes —Cho Juan señaló a los niños—, mi padre me dijo que hacía mucho tiempo, una noche de invierno, iban dos pastores por el llano de Mafasca. Tenían hambre y mucho mucho frío, así que decidieron sacrificar un cordero y asarlo en una hoguera para cenar y calentarse. Hicieron

un alto en el camino, y buscaron algunos matojos secos y algún trozo de madera que pudieran utilizar para hacer fuego. Encontraron muy poco material que les sirviera para tal fin, por eso, cuando vieron la cruz de madera que estaba colocada en el camino, para que los viajeros que pasaran por allí dedicaran una oración a los difuntos, los pastores no dudaron en arrancarla del lugar donde estaba enclavada y en hacerla astillas con las que alimentar la fogata.

La cruz era grande y la hoguera aumentó bastante, ganando en luz y calor. Los pastores, reconfortados, se acucillaron a su lado y dispusieron la carne para poder cocinarla, pero, cuando estaban entretenidos en la faena, notaron que algo raro les pasaba a las llamas: se habían elevado a varios palmos del suelo y la madera de la cruz, ya convertida en carbón, giraba sobre sí misma formando una bola de fuego que cada vez se movía más y más rápido, destellando, crepitando, en el más absoluto silencio.

Los dos hombres, aterrorizados, dejando todos sus pertrechos, echaron a correr como almas que lleva el diablo, perseguidos por aquella luz que parecía viva...

Desde esa noche, la Luz de Mafasca se aparece a los caminantes, vayan solos o en compañía.

Los niños, que escuchaban la leyenda por primera vez, se habían quedado impactados, con mil preguntas que hacerle a Cho Juan. Que por qué se

aparecía, que qué era esa luz, que si era mala, que si hacía daño...

El viejo se echó a reír soltando una larga carcajada silenciosa. Sacó un pañuelo muy blanco y bien doblado del bolsillo de su pantalón y procedió a limpiarse los ojos lacrimosos, algo velados por la edad.

—Vamos poco a poco, granujillas, que no sé si habrá tantas respuestas como preguntas. Nadie sabe por qué se aparece; se aparece y punto: es como si tuviera voluntad propia y pudiera decidir cuándo, dónde y por quién se deja ver. Mucha gente piensa que la luz es un alma en pena que, al quemar aquella cruz de madera, se vio privada de las oraciones de los caminantes.

Una niña que lo miraba con mucha atención le preguntó qué pensaba él.

—¿Yo? —Cho Juan reflexionó antes de contestar—. La verdad es que yo creo que esa luz es sobrenatural, pero no que sea un alma en pena. Existe, como tantas otras cosas que no comprendemos; no puedo decirte más, mi niña, pero ya te digo que encontrarás gente que tiene distintas creencias, tú puedes elegir la que quieras.

Que si era mala, que si hacía daño, seguían queriendo saber.

—No, no es mala. Por lo que sé, nunca ha hecho daño. Más bien es una luz que acompaña, que vigila, aunque en muchos casos se burla de la gente a la que se aparece.

Una jovencilla que ya conocía la leyenda pidió que le explicara por qué daba tanto miedo.

Cho Juan volvió a sonreír.

—Yo creo que da miedo porque suele aparecer de noche en descampados y actúa como si supiera lo que está haciendo; salta de un lado a otro, se acerca y se aleja, aumenta su tamaño, lo reduce, cambia de color y de intensidad... ¡En estas condiciones, daría miedo hasta un cohete de feria! Y no olvides lo que he dicho antes: muchos creen que es un alma en pena, una aparición del más allá.

Algunos de los presentes ilustraron las palabras de Cho Juan: ellos conocían historias de la luz, todas las familias contaban con un miembro que la había visto...

Cho Juan los miraba a todos, los escuchaba calmoso, hasta que de nuevo tomó la palabra.

—Si quieren —les dijo—, les cuento una historia...

Índice

DESGRANANDO PIÑAS DE MILLO E HISTORIAS	7
LO QUE CONTÓ CHO JUAN	17
LO QUE CONTÓ ANTONIA, LA DE TETIR	29
LO QUE CONTÓ MATULA, LA DEL MOLINO ..	49
LO QUE CONTÓ MANUEL, EL CONEJERO	61
LOS ÚLTIMOS MILLOS	75



Serie juvenil

Mientras se desgrana el millo en comunidad, los hombres y mujeres cuentan historias para pasar el rato. En esta ocasión, los relatos giran en torno a los encuentros con la Luz de Mafasca. Un extraño fenómeno lumínico, que varía de tamaño, color e intensidad, que hay quien relaciona con espíritus o entes sobrenaturales de distinto tipo, y que se viene observando desde hace siglos.

